

cultivable, la escasez generalizada de agua, la disminución del alimento, el incremento de las inundaciones y las sequías prolongadas.

Las consecuencias serán aún más graves en las zonas con fuerte presión demográfica, el efecto general es que el cambio climático alimentará los conflictos existentes por unos recursos en disminución, especialmente allí donde el acceso a dichos recursos está politizado. Un claro ejemplo son las tensiones entre el Estado de Israel y la Autoridad Nacional Palestina, quienes vienen protagonizando, desde hace varias décadas, luchas locales por el acceso al agua, principalmente los pobladores palestinos. Numerosas organizaciones internacionales y de desarrollo, como *Oxfam International* o *Amnesty International*, han denunciado en reiteradas oportunidades que el gobierno israelí utiliza las fuentes acuíferas de la zona como instrumento de presión para someter a la población palestina.

Por otro lado, en cuanto a la situación de fragilidad y radicalización, el cambio climático podría aumentar significativamente la inestabilidad de los Estados debilitados o en descomposición, debido a la incapacidad institucional para atender las necesidades de la población en su conjunto.

La debilidad económica constriñe las posibilidades de surgimiento de la población y el solventar las necesidades. La falta de seguridad alimenticia mina las propias bases de la subsistencia y, por tal motivo, las escalas de migraciones que buscan mejores alternativas de vida fuera de las fronteras nacionales se convierten en variables inflamatorias de potenciales conflictos (Smith y Vivekananda, 2007). Con base en este mismo estudio, si bien Latinoamérica no presenta niveles de fragilidad e inestabilidad política tan dramáticos como los africanos, es importante indicar que tres países de la región: Bolivia, Colombia y Perú se encuentran en situación alarmante de